

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Homilía

SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO REGALADO 2006

Solemnidad de San Pedro Regalado 2006

13 de mayo de 2006

Valladolid sintió la necesidad de contar con un santo propio, nacido en la ciudad y patrono de ella. Lo encontró en fray Pedro de la Costanilla, que vino al mundo hacia el final del siglo XIV (1390). Pero el que nació de María la Regalada y de Pedro, como probablemente se llamó su padre, en la que hoy es calle Platerías no fue declarado beato hasta 1683; inmediatamente, pues, de la fecha de la canonización en 1746, la ciudad de Valladolid trabajó para que fuera nombrado su patrono; eso sí, por un plebiscito entusiasmado y con fiestas tan lucidas que quedarían grabadas en la memoria colectiva de los vallisoletanos por mucho tiempo. Fiesta hacemos también nosotros hoy, y es bueno que la vivamos como tal.

La santidad, por otro lado, es un fenómeno propiamente católico (romano y ortodoxo). Presupone la posibilidad para el ser humano de ser perfecto, como se lee en Mt 4,48. Pero, ¿qué es ser perfecto? Porque hombres y mujeres sabemos que somos imperfectos y que tenemos que morir: es ésta una conciencia que no nos abandona ni siquiera en los momentos de mayor exaltación por el éxito o por cualquiera otra causa. El venir de la nada y el volver a la nada, dentro de un breve paréntesis de vida, es una opinión común que tiene fundamento en la experiencia.

Para poder pensar en la perfección del hombre, en su santidad, es necesario creer en una vida diferente a la humana: una vida perfecta. Para los cristianos es la vida divina: la misma vida de Dios.

San Pedro Regalado tenía conciencia de que había sido tocado por la gracia de Jesucristo, que se había encontrado con Él y que su vida era algo porque era una muestra de la vida del Señor en su persona. A él llega la onda expansiva de las reformas en monasterios y conventos de la época. Valladolid y su tierra se habían convertido en el siglo XV en el epicentro de estas reformas monásticas, encabezadas por las Claras de Tordesillas, por los rigurosos benedictinos que se acababan de establecer en la ciudad precisamente en el año del nacimiento del Regalado. No obstante, la más popular de estas reformas era la franciscana, alentada por fray Pedro de Villacreces, que había fundado, entre otros, el eremitorio reformado de La Aguilera.

Nuestro santo fue ganado muy pronto por el acreditado reformador que tenía métodos de reclutamiento para su proyecto, ya realidad, muy atractivos incluso para niños. Niño de 13 ó 14 era nuestro patrono cuando ingresó en La Aguilera, en el eremitorio Scala Coeli, donde profesó y fue allí fue ordenado sacerdote. Hacia 1415 fue trasladado como superior y encargado de la construcción de otro eremitorio, el de El Abrojo, a la vera del Duero a su paso por Laguna. Es interesante saber que en El Abrojo se entregó a una vida pastoral preciosa, a la caridad, a la santidad reformada, a una vida muy austera y de gran mortificación del cuerpo, propio de las reformas anteriores al Renacimiento.

Fue un santo sencillo, pero venerado en su tiempo, dedicado a mantener la observancia franciscana, libre de las relajaciones de los franciscanos no reformados. Pero san Pedro Regalado se dedicó a lo que hoy llamamos pastoral rural y a la ayuda de los necesitados, en aquellos tiempos de tanta pobreza y tantos pobres. Por su caridad, los primeros en acudir a él fueron las gentes sencillas del campo y de los alrededores.

¿Qué buscaban en él? Sin duda les atraía la fama de sus milagros que corrían de boca en boca. Dada su fama de santidad, parece que también Isabel La Católica acudió a venerar su cuerpo santo, tras su muerte, acaecida en la niñez de la Reina de Castilla. Ésta sí creía en la santidad y en la vida de Dios, que Cristo nos da y que salta hasta la vida eterna; al final del siglo XV, ella construyó el sepulcro noble que hoy se conserva en La Aguilera.

¿Qué nos dice este santo a nosotros, vallisoletanos, católicos un poco miedosos, del siglo XXI? El

† Braulio Rodríguez Plaza, arzobispo de Valladolid